

bertad y la mas santa de todas las libertades, la de conciencia. La conclusion, es pues, para decirlo de una vez, que en un Estado libre, es necesario dejar en libertad al clero, que en uno en donde no existen todas las libertades fundamentales, siendo la lucha demasiado desigual, es necesario atenerse á un concordato, hacerlo lo mejor posible, lo que es muy fácil cuando hay firmeza de voluntad, y obrar de modo que sea ejecutado estrictamente.

No he hecho mas que indicar en esta rápida ojeada, las dificultades capitales, que por decirlo así, saltan á los ojos. Descendiendo mas adelante á las costumbres, encontraremos en la ignorancia de los unos, en el fanatismo y la ambicion de los otros, en los odios aparentemente sofocados; pero subsistentes en realidad, en los recuerdos históricos que han pasado al estado de tradiciones, y que en lo general se encuentran profundamente arraigados en los espíritus, las causas que perpetúan y envenenan las discusiones religiosas á pesar de los progresos de la filosofía. La situacion de la mayor parte de las familias, contribuye á pro-

longar los desagradables equívocos. Hay mil ocasiones de luchas porque en las almas domina mas la opinion que la conviccion, y hay mas orgullo que caridad.

La misma piedad no inspira siempre la dulzura, y la indiferencia en materia de religion que hace rápidos progresos, conduce á la mayor parte de los hombres á burlarse ó á zaherir á aquellos que tienen la dicha de tener una fé, y la fuerza necesaria para arreglar á ella su conducta. Este estado de cosas, al mostrarnos cuán difícil es la verdadera tolerancia, nos enseña tambien cuán urgente es el trabajar, y cuán vanas son las esperanzas de aquellos que no quieren agitar sino por la ley.

El progreso, en todo y principalmente en estas materias, resulta de las leyes y de las costumbres. Las leyes relativas al culto, que al presente rigen en Francia, son sabias y liberales si se las juzga, teniendo en consideracion la reunion y el origen de nuestras instituciones. Un culto no puede existir en Francia si no es bajo la condicion de ser reconocido: he ahí la única restriccion que se impone á la libertad. Es grave; ve-

remos mas adelante toda la importancia; pero los cultos reconocidos gozan entre nosotros una libertad completa y son tratados con igualdad. En la práctica, se siente algunas veces la accion dominante del clero católico; eso no tiende ni á las leyes, ni á las instituciones; pero á esto se debe que la mayoría del país pertenezca á esta religion. Por lo demas, ni trabas al ejercicio del culto, ni restriccion al derecho de aumentar el sacerdocio por la trasmision oral, y por la prensa la educacion religiosa. La igualdad que existe entre los ciudadanos, cualquiera que sea su culto, y el ser admisibles para desempeñar cualquier empleo, son absolutos. Que la necesidad de la autorizacion precisa al establecimiento de un culto no sea necesaria, y quedará bien poco que hacer en las leyes especiales, para que tengamos en Francia una completa libertad religiosa.

Es cierto que las leyes especiales no son el todo en este punto, y que hay entre las instituciones de un mismo país tal solidaridad, que la legislacion de los cultos no puede estar separada ni de la de las asociacio-

nes, ni de la de la prensa ni de la de la enseñanza. Conocereis bien que por mil motivos no quiero entrar en pormenores; pero en verdad no creo que me engaño al decir que la libertad menos peligrosa en todas materias, es la libertad completa, y que una libertad no es jamas completa siempre que ella exista sola en un país, porque todas las libertades se encadenan la una á la otra y son necesarias entre sí. En una palabra, los principios de 1789, que son el fundamento de nuestro derecho público, no pueden tomarse á medias, es preciso admitirlos ó rechazarlos.

Sin duda es justo decir que es necesaria una regla para la libertad, y que la libertad sin límite cambia de nombre y se llama anarquía. ¿Pero qué es un Estado libre sino un Estado fundado para hacer gozar á la sociedad de la mayor libertad posible? Creo que la libertad es conciliable con el orden. Se trata de determinar, y ahí está la ciencia del político que es precisamente el sacrificio que la necesidad del orden exige de la libertad. La regla general es ésta; es bien antigua porque es el fundamento

mismo de la política de Aristóteles. No se privará á cada libertad mas que de lo que sea necesario quitarle para que las otras libertades no sean destruidas, y al ejercicio de cada libertad por cada uno de los ciudadanos, lo que sea necesario restringirle á fin de proteger, en la misma medida, los derechos de los demas ciudadanos. “En el fondo, es á la libertad sola á quien pertenece destruir los males de la misma libertad.”

Añado que toda libertad tiene necesidad de las otras para ser practicable é inofensiva; y tomo por ejemplo la Bélgica, donde la libertad de conciencia, la libertad de la prensa, la libertad de asociacion y la libertad de la tribuna, existen juntas. Desde que la intolerancia ha levantado su bandera, la prensa se ha conmovido, y la discusion ha llevado los hechos á todos los paises. ¡Es esto nada? Los verdaderos principios se han recordado cada dia, no solamente por la prensa de la oposicion, sino tambien por la prensa mas conservadora, casi inmediatamente la cuestion ha sido sometida á la camara. Jamas ha habido discusion mas debatida. Puede haber diferencia en el re-

lato del resultado obtenido; pero la discusion en sí misma cuando está dirigida con esta firmeza, es ya una fuerza, y una fuerza casi invencible, porque no hay quien pueda dudar de lo que estaria reservado á una nueva tentativa de la intolerancia. Ha sido, segun mi sentir, muy importante oír á los católicos condenar la intolerancia católica; es un signo de los tiempos y una gran promesa para lo venidero. En fin, cuando en Bélgica el clero ha pensado que la enseñanza se desviaba mucho de su influencia, se ha hallado oprimido? No, porque en virtud de la libertad de enseñanza ha podido fundar la Universidad católica de Lovaina. El partido liberal por su parte, ó, si se quiere el partido racionalista, en vez de responder á esta manifestacion por medio de ataques á la enseñanza de Lovaina, por trabas opuestas á los triunfos de la universidad católica, ha fundado en Bruselas una universidad libre, en la cual Mr. Verhaegen ha podido decir “que se habia vuelto un beneficio para la Bélgica y una necesidad para nuestra época.” Para mí, lo confieso, he seguido esta polémica y el juego de esas fuertes ins-

tituciones con un interes apasionado, y cuando las sociedades literarias de la Bélgica me han abierto sus libres tribunas, la idea de mezclarme en esta gran lucha me ha hecho meditarla. Lo he hecho tan reservadamente como mi calidad de extranjero me imponia, es decir dejando á un lado las consideraciones mas esencialmente políticas, y rigiéndome por la teoría y la filosofía.

¡Me atreveré á decir, que aquí, como en muchas de las demas cosas, la filosofía es mas fuerte que la ley, y que mas bien de las costumbres que de la legislacion y del poder, es de dónde se deben esperar los progresos! Sé muy bien que la ley influye en las costumbres; pero hácia este lado todo está hecho; no existe obstáculo alguno; la igualdad, está no solamente reglamentada sino practicada; ninguna administracion pública ni privada se ocupa de la doctrina de un hombre para juzgarlo ó para emplearlo, basta que sea honrado. Es, segun esto, á los espíritus á quienes debe uno dirigirse á fin de esclarecerlos, y á los hábitos de la vida privada, para rectificarlos en aquellos sentimientos que conserven

agresivos y odiosos. En ese sentido, todo estudio histórico, con tal que sea sincero, y aun todo estudio científico es de provecho á la libertad y á la concordia. Es casi siempre la ignorancia la que nos separa. Se juzgan las cosas y á los hombres con dulzura, cuando se conoce el secreto de las pasiones y la causa de los acontecimientos. Por eso es que, por la filosofía y por la historia, se ha puesto en comunicacion con la humanidad; ya no hay ni castas, ni tribus, ni espíritu de sectas, que pongan un obstáculo á la serenidad de sus juicios, y aun en los pormenores de la vida acoge la asperidad del carácter con sonrisa. Se vuelve como un médico que sueña en la enfermedad para consolarla ó sanarla, y no para empeorarla. Cada vez que se abre una nueva universidad, y que á la otra estremidad del mundo intelectual, se establece una escuela de niños, se hace dar un paso á la paz y á la tolerancia, ¿Queréis saber quiénes son en el mundo los amigos de la libertad? Ved quienes son los defensores de las ciencias y de las letras, los ardientes propagadores de todo nuevo descubrimien-

to, los amigos sinceros é infatigables partidarios de la enseñanza popular. Si hay, por el contrario, un partido que recorra el mundo violando las bellas artes, burlándose del genio, destruyendo desdeñosamente los monumentos de la historia, suprimiendo las escuelas, reconocedlo por este signo: ¡es el partidario del odio, es la guerra, la discordia misma; es la intolerancia!

Pero si queremos violentar el progreso de la humanidad, insistamos sobre todo, en la filosofía y en la historia, esto será lo que llamaré los principios pacificadores. No esperemos que la libertad resulte lenta é infaliblemente de los progresos generales del pensamiento. Tomémosla á ella misma por el objeto de nuestras demostraciones, iba á decir de nuestras predicaciones. Recordemos estos títulos á todos los que, como nosotros, la adoran. No nos cansemos de repetirles que no es solamente un derecho, sino también la condición del derecho; pero una condición tal, que sin libertad no hay derecho, que sin la libertad de pensar no hay libertad, que antes de ser ciudadano, antes de tener patria, antes de

reclamar su parte legítima de acción y de autoridad entre los hombres, es preciso ser una persona, es decir, una voluntad libre, independiente, dueña de sus pasiones, ilustrada por el deber y capaz de cumplirlos. A aquellos que niegan la razón y maldicen la libertad, presentamos la necesidad inflexible que nace de la situación de las almas y de la constitución de las sociedades modernas. Esta libertad maldecida, puede ser momentáneamente oprimida, pero no puede en lo sucesivo perecer. Las cadenas con que la ligais, le servirán de una arma. Ella ha hecho pedazos otras más poderosas, y en tiempos en que contaba con un ejército menos numeroso y menos aguerido, una conciencia menos libre en su derecho. Aprended á sufrir, si no á amarla. Pero amadla. No hay más que ésta que pueda dar la dignidad y la fuerza. Ved en la historia el lisonjero resultado de tantas persecuciones y guerras civiles. ¡Servirán más á una causa cien mil hombres ajusticiados por ella que un buen libro? Vencedores hoy y vencidos mañana, la espada nada más da una tregua entre dos

ajusticiados. Es la filosofía, la razón, la libertad, lo que constituye el progreso. Si hay alguna dicha en este mundo (¡ay cuán poca hay!) el mismo mundo es quien se las da. Ninguna rebelion habria triunfado del feudalismo sia dos ó tres filósofos. ¿Qué sois sino criaturas sociales! No sofoqueis en vos la llama ardiente de la libertad y de la razón; mas, honrad á Dios que os ha formado y sabed ser hombres.

No falta á la libertad para ser invencible sino el ser conocida. Ha sido reclamada frecuentemente y conquistada por tan poco tiempo, que no se la vé jamas sin el fúnebre acompañamiento de las revoluciones y de las venganzas. Muchos de sus defensores no la comprenden, porque al reclamarla para sí la niegan á los otros. Que los filósofos no olviden que la grandeza de la filosofía consiste en su universalidad. Estamos divididos en nuestras escuelas; pero el principio de la filosofía, es decir: la autoridad de la razón y la libertad de conciencia, nos es comun; ó mas bien, es comun á toda la humanidad; y nuestro deber es hacer estensivos sus beneficios á aquellos mismos

que lo niegan y á los que lo proscriben. El derecho, la filosofía, la libertad, son tres palabras y una sola cosa. Los filósofos no están en el mundo para defender su propio derecho y su libertad propia, sino para defender el derecho y la libertad, aun en provecho mismo de sus enemigos. Deben esforzarse sin descanso en inspirar á todos los partidos el gusto y la costumbre de la tolerancia. Repito estas palabras de d'Alembert: "Solo la libertad de obrar y de pensar es capaz de producir cosas grandes, y ella no tiene necesidad mas que de la luz para preservarse de los escesos." Cabalmente porque estoy penetrado de este sentimiento es por lo que no me creo del todo indigno de la causa de la cual seré toda mi vida, oscuro, pero infatigable soldado.